

MARTA PESSARRODONA

MARTA PESSARRODONA

Alguna vez àmbar

por Marta Pessarrodona

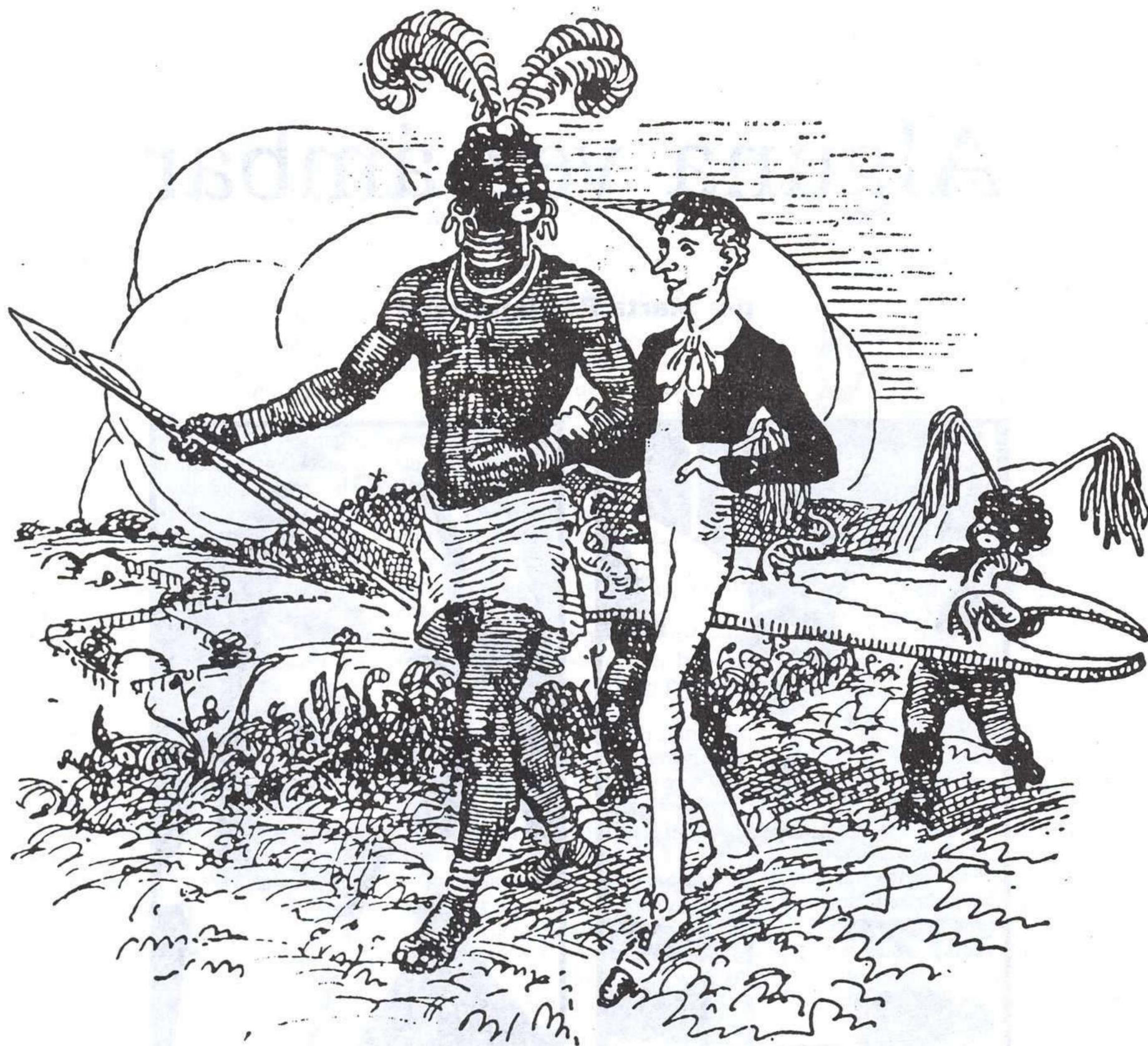


COLITA

Mi infancia no es un patio con limoneros, sino una terraza de un segundo de una casa reconvertida en pisos de cierto Manchester catalán, Terrassa, parte de la Fábrica de España, como también se conoce a Cataluña. Era una terraza trasera, que

daba a una especie de lago en la distancia, propiedad de la compañía de aguas de la ciudad en que llegaban cada día ciertos Rocco y sus hermanos, lo que veía muy bien cuando iba a comprar el periódico de la tarde para mi padre a la estación de Renfe, a unas dos manzanas de casa. El pe-

riódico era el *Noticiero Universal*, conocido como el «Ciero», hoy desaparecido. En casa había tan pocos libros, digamos serios, como muebles antiguos o joyas familiares, porque mi padre era el menor de tres hermanos, huérfano desde la adolescencia, soldado —con graduación— republica-



J. JUNCEDA, AVENTURES EXTRAORDINÀRIES D'EN MASSAGRAN, BARCELONA: BAGUNYÀ, 1910.

no, atravesado de bala en el frente de Aragón, que había conocido a mi madre, también republicana, en un permiso militar, allá por 1938, sin ocurrírseles nada mejor que casarse en 1940 y aparecer yo al año siguiente y reglamentario. Los orígenes de mi madre eran humildes casi y siempre he tenido la impresión de que mis padres empezaron de cero. Y empezaron en aquella ciudad de provincias textiles

por el repelús de mi padre a la gran ciudad, en su caso Barcelona, una fobia que no he heredado. Sin embargo, mis padres eran ávidos lectores, lo que tal vez explique que a los tres años, cuando después de una patalenta conseguí que me mandaran a una escuela, ya supiera leer. Se trataba de una escuela municipal, en la que pasé sólo un curso, un edificio que es hoy mi colegio electoral, porque nunca he

querido perder mi campamento provinciano. Al paso de los años no sólo sabría leer sino robar los libros que mi madre escondía de mi alcance, en especial de Somerset Maugham y Cecil Roberts y, más especialmente aún, el *porno dur* de la época: una novela inglesa titulada *Por siempre ámbar*. No recuerdo ahora el nombre de su autor, ni los pecados que cometí después de su lectura, aunque quizá sea respon-

sable de mi creencia de que el adulterio es muy creativo, aunque por culpa de Simone de Beauvoir, técnicamente, nunca haya podido practicarlo.

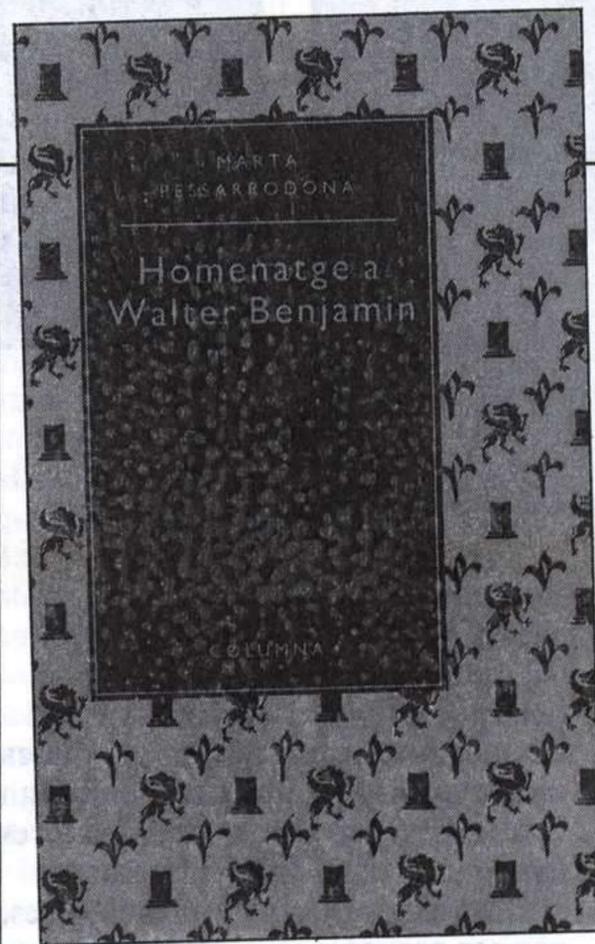
En esta infancia próxima al líquido de la compañía Mina Pública de Aguas de Terrassa —«Tarrasa» en la época del «hable usted cristiano» de los estancos locales, que coincidió con mi infancia— me aficioné muy pronto a la revista *Chicas*, porque tenía más texto que las otras, mientras mi madre honraba mis festejos —santo, cumpleaños, Reyes Magos— acompañando la bicicleta o los patines de una novela de Josep Maria Folch i Torres, mientras en el desván (nuestro piso tenía una trampilla y desván), donde a la menor excusa pasaba horas, había encontrado una libreta verde de mi madre con poemas. Mi madre rezaba —y reza— en catalán, mientras que mi abuela materna lo hacía en castellano, producto ambas de los avatares de la sociedad catalana, que tan directamente han repercutido en la escolarización. También yo soy producto de tales avatares, algo que vi muy claro cuando decidí, allá por los sesenta, ser una escritora catalana. En los ratos libres, me leí unas siete veces la gramática de Pompeu Fabra, mientras pasaba, como lectora catalana, de Folch i Torres a Salvador Espriu, sin transición. Mi carrera literaria, por otra parte, debió de empezar hacia los cinco años, porque recuerdo una vacilación a los seis años, en que la amabilidad de una enfermera, que atendía al médico que me extraía las amígdalas, me hizo pensar en la posibilidad de dedicarme a la enfermería en vez de a la literatura, cuando fuera «mayor».

Junto al ya mentado Folch i Torres, mis lecturas consistieron en parte de la literatura universal, abreviada, de una colección con ilustraciones (no recuerdo la editorial) que en la memoria se me aparece verde: *Los viajes de Gulliver*, *Robinson Crusoe*, etc. Y más abreviada aún en los libritos de rega-

lo del restaurante barcelonés Les 7 Portes, donde recalaba con los papás en los periódicos desplazamientos a la capital, Barcelona. Mientras, padre y madre seguían enfrascados en Somerset Maugham y las guerras (Civil española y Segunda Mundial), alternadas con Carmen de Icaza (madre) y novelas policiacas y del oeste (padre). Recuerdo mejor a Maugham, publicado por José Janés, en traducciones de un tal Carlos Ribalta que con el tiempo supe que se trataba de un Carles Riba que intentaba paliar la miseria que se cernía por los años cincuenta sobre todo escritor catalán. También a la Icaza de lectura materna, pero estoy de acuerdo con Esther Tusquets quien, en la cúspide de mi furor por Virginia Woolf y el Grupo de Bloomsbury, diluyó mi entusiasmo por *Orlando* y su génesis y su musa con «Desengáñate, aquí habría sido un romance entre la Duquesa de Alba y Carmen de Icaza». Por otra parte,

a pesar de un fuerte Edipo, sólo he leído a Chandler y Hammett por lo que se refiere a novela policiaca, y ninguna, creo, del oeste. Pero, a partir de 1967, pasé por un período de Guerra Civil española (Hugh Thomas, Gabriel Jackson, etc.) y, a partir de enero de 1984, inicié una etapa de guerras mundiales en el Unter den Linden berlinés que aún no ha tocado a su fin.

Me pregunto qué juegos practica mi propia memoria sobre mi biografía, pero tengo la impresión de una infancia sin libros propiamente infantiles, de la misma manera que detestaba jugar a muñecas, aunque sus vestidos me sirvieran para vestir a mi perro de la época, de nombre Darling, junto a mi amiga *idem*, María, una austriaca refugiada en una familia del vecindario. Cuando en el verano de 1957 pasé mi primer verano en el extranjero —Francia— y leí las tres primeras novelas de Françoise Sagan y *Les Fleurs du Mal*, de Charles Baudelaire, supe que había encontrado por fin mi verdadero ámbar. ■



Bibliografía (selección)

- Vida privada*, Barcelona: Lumen, 1973.
Memòria i, Barcelona: Lumen, 1979.
Tres dies que van sotraguejar el règim franquista (teatro), 1982.
Pessarrodona: Obra poètica, Barcelona, Mall, 1984.
Berlín Suite, Barcelona: Mall, 1985.
Les senyores-senyores ens els triem calbs, Barcelona: Abitar, 1988.
Homenatge a Walter Benjamin, Barcelona: Columna, 1989.
Patir, passió, «pastiche» (Abans la funció) (teatro), 1990.